

El brasier de Ivonne

Mónica Lavín

El paso del corsé al brasier, una transformación definitiva en la historia del vestido femenino, es el tema que Beatriz, la protagonista de este cuento, desarrolla en una clase escolar. Intrigada por la ropa interior de sus vecinas, ella acostumbra encargarse de ir al tendedero para bajar la ropa de su familia, hasta una tarde en que no puede evitar cometer una transgresión.

Beatriz insistía en bajar la ropa del tendedero. Fingía que era por ayudar a su madre, quien sorprendida accedía. Sí, era extraño que rompiera su pereza de tardes del bachillerato, ese estar tirada en el sofá de la sala mirando las páginas coloridas de una revista de modas que la madre traía del trabajo. Le gustaba el estilo Audrey con aquellos pantalones pegaditos que llegaban al huesito del tobillo, la mascada con la que ataba el pelo y los lentes oscuros. Tenía tarea de etimologías y hacer unos planos para su clase favorita. Quería ser arquitecta. Hacer casas y edificios. En el que vivían tenía varios defectos, por ejemplo, que miraba al norte. Y eso hacía que en el invierno desayunaran con abrigos, ridículo. Las ciudades deberían darle la espalda a ese punto cardinal. Grandes respaldos decorados con pinturas, o con esos *trompe-l'œil* que hacían soñar en ventanas donde no las había.

Tomó el cesto para bajar la ropa que debía de estar seca y salió del piso rumbo a las escaleras que remataban en la azotea pequeña. Había descubierto el placer de ese espacio soleado, desde allí se podían ver los edificios de los vecinos, y la azotea del edificio contiguo, también de cuatro pisos. Subir a la Torre Latinoamericana le había dado vértigo, en cambio cuatro pisos le parecían una altura tolerable. Sobre todo para mirar la ropa

tendida al sol de los vecinos. Y en particular la de Ivonne, *mademoiselle* Ivonne, la del 4. La señorita francesa que vivía con una tía y a la que su madre le decía siempre que se la topaban: *Bonjour*, Ivonne. Le gustaba pronunciar ese francés que era un salvoconducto a los días de París. Beatriz apenas y recordaba un parque por el que habían corrido mamá y ella. Y lo recordaba por la fotografía que la prima de mamá había tomado en los días en que vivieron esperando el barco que las trajera a México. *Bonjour*, Ivonne, y la madre de Beatriz sonreía mucho como si Ivonne fuera una embajadora, un puente, la salvación después de salir de España. Palabras alegres que contrarrestaban las pláticas de guerra con los amigos de sus padres. Ivonne era una conexión con Europa, un andén alegre. Por eso mirar la ropa retando al sol de la señorita francesa era grato para Beatriz. Era como pasar las páginas de la revista. Allí estaban los pantalones cortos, y aquella falda trompeta y una blusa con un corbatín. Todo muy chic. Como de actriz de cine. Ivonne era más llenita que Audrey Hepburn y nunca usaba una mascada.

Cuando lo descubrió, se ruborizó porque una cosa era mirar la ropa que se lleva por afuera y otra espiar la interior. Y una cosa eran los bóxers del señor Aguilar

tendidos en la parte de la azotea que le correspondía que tener de cerca aquel brasier azul celeste de tenue encaje colgando como si nada bajo el cielo de la Ciudad de México. Miró a todos lados como disculpando la intromisión de su curiosidad, y se acercó. Lo habían apresado con dos pinzas por los tirantes y el aire abombaba esas copas traslúcidas que se llenaban de coqueteería. Suspiró como frente a las páginas prohibidas de alguna revista. Creyó escuchar algún ruido y se apresuró a descolgar la ropa de su familia. Se alegró de no ver ninguno de sus brasieres ondeando sin pudor al sol. Eran blancos y con círculos de costuras en las copas, parecían más uniforme de enfermera o aparato ortopédico que una prenda delicada tan cerca de la desnudez.

Durante la cena pensó en comentar con su madre sobre el brasier de Ivonne. Cuando Beatriz señalaba algún vestido en las revistas, para una próxima fiesta, su madre trataba de complacerla. Modista al fin, robaba tiempo al tiempo y los domingos iba sacando el molde en aquel papel muy fino y lo prendía sobre la tela que extendía en el comedor. Muchas veces conseguía retazos y sobrantes a precio de remate del negocio de confecciones donde trabajaba. Eran telas buenas, sedas, *shantús*, piqués españoles, gabardinas de lana. Y de domingo en domingo, con aquella máquina de baquelita negra que le había regalado su marido, la madre de Beatriz lograba un vestido que era envidia de sus compañeras de colegio. ¿Y si mamá le hacía un brasier como el de *mademoiselle* Ivonne? ¿Dónde se hacían los brasieres? Su madre compraba los de ella y los de su hija en una tienda del Centro, blanco, beige o negro era la opción, apenas un número y una letra para la variedad de torsos femeninos. Beatriz era 34 C. Delgada y con pechos visibles. No demasiado ostentosos, pero lo suficiente para que se sintiera orgullosa de su cuerpo.

Cuando se desvistió esa noche, colocó el sujetador blanco sobre la silla, como si fuera un vestigio prehistórico. Llevada por esa visión del azul celeste traslúcido, eligió para la clase de historia exponer algo relativo a la historia del vestuario. “Limítese a nuestro siglo”, había dicho la maestra. Y Beatriz no sólo se había limitado al trozo de siglo XX que había transcurrido, sino a la evolución de las prendas interiores, sobre todo al paso del corsé al brasier. ¿Había algo más llamativo? Que las faldas se acortaron, que los acolchonados se dejaron de usar, pero el gran hallazgo había sido que aquel soporte de varillas que compactaba el torso y la cintura, resaltaba el pecho y obligaba a cierta postura, había sido reemplazado por un breve sostén de los senos y el talle se había liberado de esa jaula rígida.

Exaltada por la información que había encontrado en la biblioteca de la escuela, aquella tarde se ofreció de nuevo a bajar la ropa del tendedero. Subió la cesta y, antes de dirigirse al que le correspondía, miró el del

cuatro y en lugar de prendas se topó con las aburridas sábanas blancas de la cama de Ivonne o de su tía Margarita. Bajó fastidiada de no poder regodearse de que el corsé hubiera sido desbancado por una prenda ligera, tan ligera y etérea como la que usaba la señorita Ivonne.

Mientras juntaba los calcetines de sus hermanos y su padre en bolitas compactas, pues bajar la ropa no terminaba en la entrega del canasto, le comentó a su madre que ahora sabía quién inventó el brasier.

—Una tal Mary Phelps, mamá, una señora americana muy rica que un día juntó dos pañuelos, les cosió unas cintas y los usó bajo un vestido. En 1914 vendió la patente.

Su madre le contó que ella había visto los corsés de su abuela.

—Tenían cintas de seda y varillas de metal.



Beatriz había leído que al principio el armazón era de marfil o de huesos de ballena y luego de metal.

—Se acabaron por la guerra, mamá.

—No me extraña —dijo su madre, y Beatriz intentó evadir la cantaleta de siempre.

—En la Primera Guerra Mundial se pidió a las mujeres donar metal para fabricar armas: las varillas del corsé.

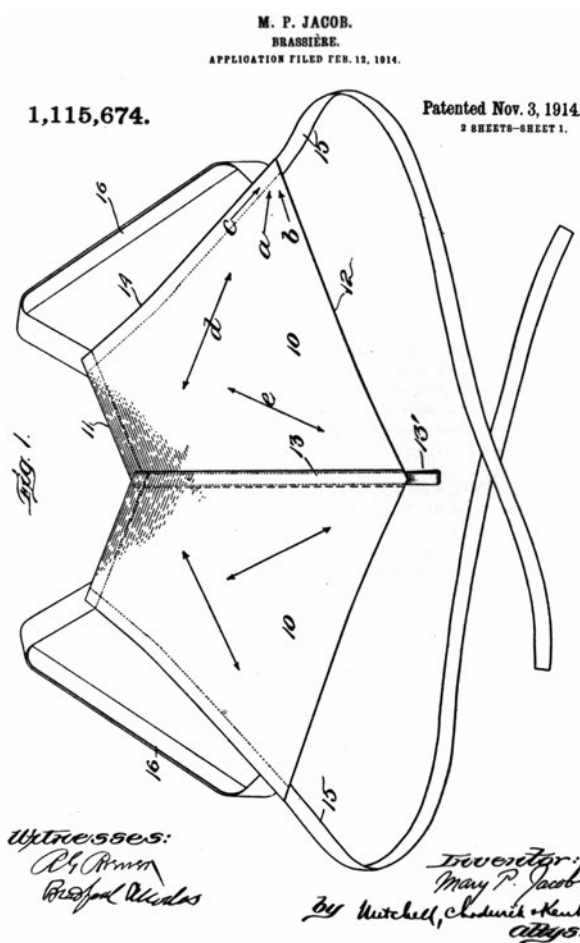
—Nada más faltaba que las guerras tengan un lado bueno —refunfuñó su madre.

Beatriz prefirió callar. De qué le servía saber esas cosas si ella no podía más que usar un artefacto como el de ahora, mientras terminaba el último ovillo de calcetines grises, escondía sus senos colegiales como armadura de guerra, como faja de monja.

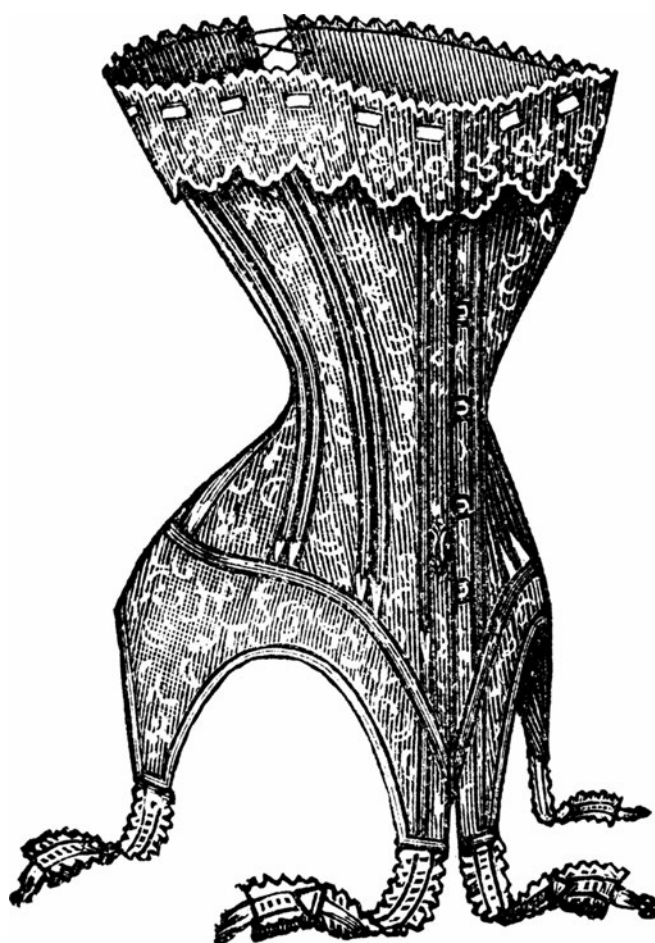
El trabajo resultó curioso a sus compañeras de clase, la maestra censuró la necesidad de contar que Mary Phelps había huido con su amante y cambiado el nombre por el de Caresse Cosby. Esas eran vidas privadas. Pero liberó a las mujeres de usar los corsés que les deformaban la espalda, les impedían la digestión, las hacían desmayarse, defendió Beatriz, le había encantado que se cambiara el nombre de una virgen por el de Caresse —caricia—. Había vendido la patente por mil quinientos dólares a Warner's que anunciaba la prenda como *alphabet bras*, porque sus tamaños se definían por letras. Había salido contenta de la clase y aferrada a las palabras vital y liberación.

Necesitaba subir al tendedero y aunque su madre le dijo que seguramente aún no se había secado la ropa, ella lo hizo. Que subiría de nuevo si era necesario; estaba deseosa de mirar el brasier azul, de carearse con aquella prenda cuya historia conocía, le parecía que conducía a amores y vidas en hoteles de mucho lujo, entre cojines de satinados y aromas exóticos. Allí estaba, colgando de un solo tirante, un tanto desprotegido. Oteó el campo y se acercó, lo desprendió de la pinza y lo extendió hacia el cielo. Se lo acercó a la cara para olerlo, qué bien olía. Lo colocó sobre la ropa y lo imaginó bajo ella. El viento podía hacer de las suyas, cuántas veces mamá no se había quejado de las prendas que salían volando. Miró de nuevo, nadie a la redonda. Lo tiró en la canasta; en el tendedero que les correspondía desprendió la ropa seca de prisa para ocultarlo. Mientras su madre preparaba el café, lo llevó a su cuarto y lo ocultó en el buró, bajo los libros.

Había habido un escándalo en el edificio porque se corrió el rumor de que alguien robaba ropa. No dijeron lo que les faltaba por pudor y todo mundo negó su participación. El viento de febrero, concluyeron todos. Dos semanas después se cruzaron con *mademoiselle* Ivonne y su tía Margarita en las escaleras. Ellas bajaban, cuando las del cuatro volvían de un paseo. *Bonjour*, Ivonne, dijo la mamá de Beatriz. Pero la francesa no respondió y Beatriz esquivó la mirada, mientras el azul celeste 34 C protegía su corazón desbocado. **U**



Facsímil del brasier original, 1914



Corset, 1880